

El estado de los oradores

LLÀTZER MOIX

LA VANGUARDIA, 13.05.09

El Parlamento nos deleitó ayer con un debate sobre el estado de la nación algo superfluo. Porque en lo más negro de la crisis y con cuatro millones de parados no sería difícil consensuar el siguiente diagnóstico: la nación está hecha unos zorros. Y adiós debate. Es por tal motivo que dedicaré esta nota a sopesar el estado de los oradores. En particular, el de Zapatero y el de Rajoy, su némesis. Ambos pelean por el control del timón nacional. Y, a tal fin, ambos deberían exhibir la mejor forma y las mejores ideas anticrisis. El resto de tribunos, tan respetables por tantos motivos, no parecen llamados a la Moncloa. Ni a hallar espacio en estas líneas.

En su intervención matutina, Zapatero pareció serio y estructurado. Reconoció lo peliagudo de la coyuntura -habló de "desempleo abrumador" y de "crisis vertiginosa"-. Dijo que la causa había que buscarla en la crisis internacional y en nuestra excesiva dependencia del sector inmobiliario. Propuso una transformación del modelo productivo - con menos ladrillo y más I+ D+ i...-. Y, a continuación, desgranó medidas de choque - desde ordenadores portátiles para 420.000 escolares hasta ayudas para comprar coches-. Cada una de ellas fue jaleada con aplausos por los suyos. Pero Zapatero se mantuvo modoso, bien dispuesto, y también aventurado, al dar por hechas una serie de ayudas que están en el aire. O más lejos.

Rajoy, ya por la tarde, inició su discurso con un "Señoríasssss" de terminación sibilante, serpenteante, que auguraba un ataque decidido.

Así fue: decidido y acaso excesivo, a juzgar por su tono desabrido, con descalificaciones del tipo "no saben nada, cállense" y "no saben leer, cómo van a enterarse, ¡qué gente!". A Rajoy se le fue ahí la mano, puesto que vino a negar reiterada y explícitamente la dialéctica consustancial al régimen parlamentario. Luego se contentó con reclamar reformas en sectores estratégicos, sin precisarlas. Zapatero le reprochó una y otra cosa en su réplica, entre el vocerío recurrente de los escaños populares, que Bono intentaba mitigar con cansinos "silencio, por favor". Siguió el preceptivo lote de contrarréplicas, en el que Rajoy y Zapatero echaron mano de estadísticas, según les convino, haciendo buena la sentencia que dice que los políticos usan las estadísticas como los borrachos las farolas: más para apoyarse que para iluminarse. No quiero con ello decir, Dios me libre, que el estado de nuestros políticos tuvo algo que ver con las farolas. Ni tampoco con los mástiles por los que siglos atrás treparon los marinos para descubrir nuevos mundos: lo que vimos ayer, un Zapatero con talante y un Rajoy jabalí, no supuso novedad.